La ironía divide el flujo de la existencia temporal entre un pasado que es pura mistificación y un futuro acosado para siempre por la caida en la inautenticidad. El sujeto puede conocer esa inautenticidad pero nunca podrá superarla. Sólo puede volver a exponerla y repetirla a un nivel cada vez más consciente, pero siempre atrapada en la imposibilidad de hacer que este conocimiento se adapte al mundo real. La ironía se disuelve en la espiral cada vez más estrecha de un signo lingüístico que va alejándose de su significado. Toda confesión termina con una evidencia: Juanita jamás podrá alcanzar su pasado, carece de futuro, y prevalece ahora la visión eterna de la esterilidad rocosa de la condición humana. Tras la muerte de su madre y la huida de su hermana, la Narboni irá empinando la botella, y con todo su conflictivo equipaje de drama y melodrama, de poesía y cursilería, no tendrá otra salida que hablar con los muertos.

**José Teruel Benavente**

# Guerra, posguerra y literatura*

La condición de escritor inteligente y seguro la ganó García Hortelano muy pronto, cuando apenas era autor de unos pocos relatos y dos novelas, *Nuevas amistades* y *Tormenta de verano*. El lector ha de remontarse al año 1961 para que esa descripción se ajuste a la letra, cuando la vida intelectual española vivía una euforia menor pero insustituible basada en un editor (Carlos Barral), una afinidad política (el PCE clandestino) y una vaga confianza en las obras y haberes morales de sus pares en Madrid, Barcelona, Salamanca o Sevilla. Estos dos volúmenes retrotraen al lector muchas veces a esa época, y al núcleo duro de sus motivaciones estéticas y morales más importantes y duradero. Allí donde se aliaron algunas voluntades en torno a la urgente y cruda rememoración de la guerra civil (la habitación particular llena de fantasmas de una infancia inaudita) y allí donde fueron urdiendo el modo de superar su potente onda expansiva. Nada de lo mejor de la obra de García Hortelano se explica sin esa referencia mítica a una infancia liberada de control social, familiar y escolar, dotada de una lógica aventurera y secreta que ha reconstruido en los relatos de la Riánsares, de Tano, de Concha –los dos primeros de *Gente de Madrid*– pero también en «Gigantes de la música», «Carne de chocolate» y, en general, los cinco primeros relatos de *Mucho cuento*, todos ellos

* *Juan García Hortelano,* Cuentos completos, *M., Alfaguara, 1997, 684 p., prólogo de Juan Cruz Ruiz..*
*Juan García Hortelano,* Crónicas correspondidas, *M., Alfaguara, 1997, 391 p., prólogo de Manuel Lope.*

espléndidos. En los textos donde fluye una memoria vital y segura, donde se reconstruye ya no la vivencia infantil de la guerra sino la mirada infantil a la guerra de los mayores, son los lugares en los que mejor se destilan las virtudes literarias de García Hortelano: sutileza y rigor constructivo, convicciones morales disfrazadas de asepsia, aptitud para captar el habla, el discurso oral de una sociedad, de una clase, de un grupo, y esa involuntaria solemnidad clásica que queda cuando termina el relato. A mí me resulta más difícil reconocer un gran cuento cuando García Hortelano ensaya el relato fantástico –a veces en la cuerda que despertó Gonzalo Suárez y continuó en gran medida Juan José Millás.

Es posible que al lector español le resulte difícil delimitar la frontera entre el interés del cuento por lo que cuenta y su interés literario como artefacto y montaje. Una prueba definitiva contra ese escrúpulo es la eficacia de otros cuentos ajenos a la guerra civil y tan intensamente efectivos como los vinculados a sus episodios de resistencia madrileña. Entre los ejemplo más restallantes está, sin duda, «El dueño del hotel», farsa alargada que logra conmover dese la creación de un personaje que parece de Onetti –pero pasado por un Madrid menos tormentosamente escéptico y más relajado que Santa María–, como de José Donoso parece otro de los mejores relatos del volumen, el que titula «Una fiesta campestre», de 1988, y donde se proyecta inevitablemente el recuerdo de *El lugar sin límites*. Por cierto que en esos mismos años ochenta logra otro par de espléndidos relatos: otra vez el peso del pasado en la historia de una familia con muchos embustes y alguna miseria disfrazada, en «Ayer, en la España nueva», y «El mandil de mamá».

Los cuentos más tempranos del autor, entre 1958 y 1961, son un excelente índice para advertir la superioridad del escritor frente a las determinaciones de una estética oportuna y su presunta tiranía (entre otras cosas porque la tiranía era otra y, aunque calva, bien gorda). Están recogidos en el volumen *Cuentos contados* y por mucho que respondan a la estética objetivista y distanciada, de escena y diálogos con mínimas intromisiones del narrador en las conciencias de sus personajes, no tienen desperdicio en lo que hace al modo de decir lo que se quiere decir: método elusivo, vaga intención simbólica y ninguna debilidad panfletaria. Añado que de algo deben servir los lemas de gentes como William Faulkner o Cesare Pavese. Por otra parte, y aunque tampoco se hizo con los relatos completos de Ignacio Aldecoa, también reeditados por Alfaguara, hubiese sido preferible recoger de algún modo –quizá en un apéndice con la oportuna indicación– otros dos relatos de García Hortelano que no han vuelto a reimprimirse desde su primera edición: el primero, «Carlos (uno y todos)», de 1950, aparecido en *La hora*, y el otro de 1960, «El suelo que habéis de pisar», aparecido en *Cuadernos de arte y pensamiento*, y que es un

ejercicio de simultaneísmo narrativo, como tantas otras veces había de hacer el autor.

Otra de sus constantes narrativas más visibles es el retrato frío, discretamente irónico –como en *Nuevas amistades* y *Tormenta de verano*–, de las poquedades y tristezas del funcionariado gris y vulnerable, de medio pelo y mucho desnortamiento. Aunque a veces sus relatos, los más tardíos, están poblados también de gente de posibles retratada por detrás del tapiz, ahí donde se resquebraja la delicada pintura de respetabilidad social e inanidad. Relatos ejemplares de los dos casos son «Sábado, comida» y «La noche anterior a la felicidad», incluidos ambos en *Gente de Madrid,* que es, así, el mejor libro de relatos del autor.

El segundo volumen, *Crónicas correspondidas*, lo ha editado también Alfaguara y aunque hubiese sido útil indicar mejor la procedencia de cada artículo (aludida en el prólogo de Manuel de Lope), resulta un útil compendio, esta vez no sólo de la mejor literatura de García Hortelano sino del mejor García Hortelano. Bastará indicar que el personaje más veces citado y honrado es Juan Benet, incluida una entrevista olímpica y divertida en la que Benet decía cosas para ser atendidas. Hay varios trabajos que son extraordinarios: quizá requisitos empresariales intangibles y una posible voluntad de sintonizar con el bien común –que harían sonreír al propio escritor– explican la desproporcionada dosis de artículo futbolístico que incluye el volumen (hubiese sido más eficaz al propósito convencer por selección, económicamente, dejando sólo el prólogo al libro de García Candau).

Pero el lector debe saber que encontrará algunas piezas maestras del articulismo y también formas fragmentarias de asediar la memoria de un hombre de bien y de letras (que algunas veces son la misma cosa). Sus recuerdos de Barral y Gil de Biedma están entre las mejores estampas que recibieron ambos, pero me importa destacar sobre todo la honestidad y precisión coherente, razonada y nada gratuita, de su reflexión sobre literatura y sobre su literatura (como hace a propósito de *Gramática parda*). A un excelente artículo sobre el mundo de Onetti y una llana y hermosa reivindicación de la narrativa hispanoamericana de los años sesenta y setenta, hay que sumar sus intervenciones sobre la literatura de hoy o la de ayer, pero en todo caso con capacidad de juicio y desde un criterio vertebrado. No dejarse hipnotizar por la retórica narcotizante del estructuralismo (años setenta, España) significa poner por delante la propia capacidad de discernimiento y lectura, y los avisos ahí no quedan sólo para lectores porque se destinan en rigor a los propios colegas y escritores. De uno de los mejores artículos, «Desaguisados de la quinta columna», procede el título que he puesto a esta reseña. Y también ahí sus méritos tienen que ver con la sutileza: no se reprueban la fama y el dinero, pero se advierte sobre su capacidad de autoengaño, no se desmiente la virtualidad destructora de la literatura y

el lenguaje, pero se presume insuficiente –además de puramente antipático– ese único postulado estético. Nada ha de extrañar la aparición aquí de artículos sobre Céline o un estupendo y hermoso prólogo a una traducción suya de Boris Vian, pero en medio se encuentran unas páginas imperiosas y cordiales sobre el *Diario* de Jovellanos, astuta y humildemente leídas, pero también la estentórea y humorística denuncia de los filólogos en masa por olvidarse de un poeta, Campoamor, o el recuerdo de sus tempranas aficiones a marginales que han dejado de serlo hoy, como Manuel Machado. Y es muy confortable hallar la confesión de incapacidad para leer bien, en 1949, un libro como *Todo más claro y otros poemas,* de Pedro Salinas, o el reconocimiento de una deuda de gratitud a las muy pocas gentes de una ciudad aliada y cómplice de su aventura de escritor, en «Barcelona, de aquella manera».

**Jordi Gracia**

# Un rey demasiado prudente*

Desigual destino biográfico ha tenido Felipe II. Hasta 1800 sus biografías fueron escritas fuera de España y bajo el influjo de la leyenda negra. Censurado en vida por algunas de sus políticas, se convirtió luego en el objeto de la nostalgia por la perdida grandeza española. Se considera que el inglés Motley, con su libro de 1956, empieza la era de las biografías documentadas. Lo curioso es que, entre ellas, Kamen no rescata ninguna española moderna (podría haber considerado la de Belenguer Cebria, pero la desdeña) y, entre las clásicas, sólo registra la de Luis Cabrera de Córdoba, contemporáneo del monarca, cuyo texto fue exhumado en 1876. Felipe II parece un tema difícil de abordar desde España y las obras señeras sobre su tiempo nos han venido de fuera: Braudel, Fèbvre, Lynch, Elliot, Parker.

Kamen, en contra de las imágenes tópicas del rey, que lo muestran dominado por pasiones fanáticas y volcado a los extremos, prefiere exaltar su moderación, que le valió el mote de Prudente. Lo contempla con simpatía y sin admirarlo, llevando su moderantismo hasta convertirlo en un personaje de escasa importancia y limitados poderes. A veces, acierta en el retrato de este castellano típicamente *sosegado* del Quinientos: calculador, racional, dominador de sí mismo, ponderado, distante y frío. Otras veces, las cuentas no salen. Cabe

* *Henry Kamen:* Felipe de España, *traducción de Patricia Escandón, Siglo XXI, Madrid, 1997, 364 páginas.*